

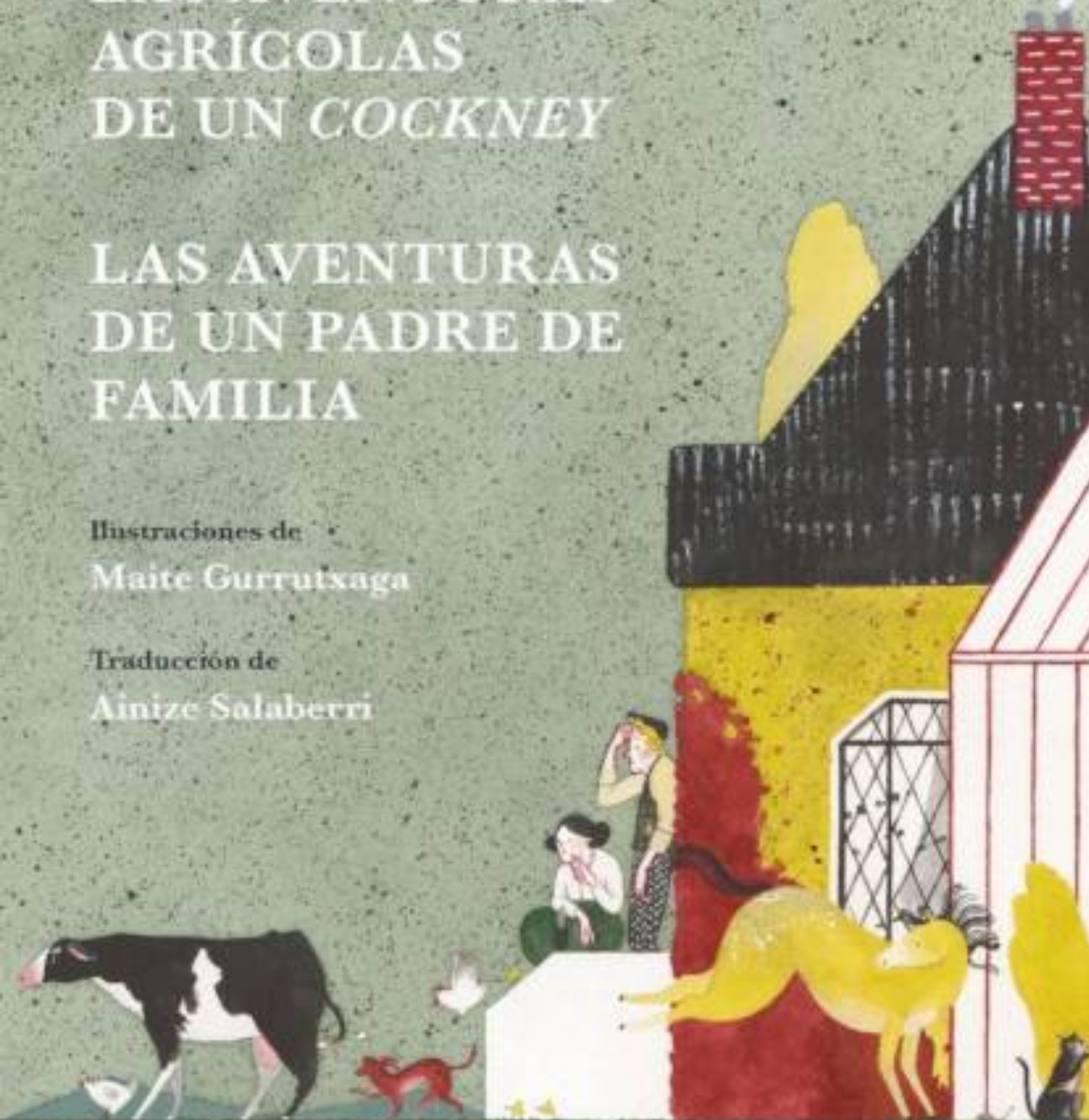
Virginia Woolf

LAS AVENTURAS
AGRÍCOLAS
DE UN *COCKNEY*

LAS AVENTURAS
DE UN PADRE DE
FAMILIA

Ilustraciones de
Maite Gurrutxaga

Traducción de
Ainize Salaberri



Este libro, que narra las aventuras de un joven matrimonio del East End londinense que de repente se traslada al campo, es un tesoro para el lector entusiasta de Virginia Woolf.

Es la primera vez que se publican en castellano estas dos obras cortas, escritas por la autora entre los diez y los trece años, y son dos textos notables y sofisticados para una niña de esa edad. Una mirada diferente y divertida de la vida en pareja.

El círculo siempre se cierra

Novelas, ensayos, relatos cortos, biografías, teatro, cartas y diarios. Virginia Woolf enriqueció el panorama literario no sólo de su época sino también de todas las venideras. En 1905 comenzó a escribir de forma profesional y publicó su primera novela en 1915. La última se publicaría de forma póstuma el mismo año de su muerte. Virginia Woolf era la literatura hecha carne. Así lo atestigua la historia y sus creaciones. Desmenuzó lo que existía hasta entonces y le dio un nuevo cuerpo, una nueva visión, otra vida más salvaje, más atrevida, más valiente. Virginia Woolf nunca se conformó, en ningún aspecto de su vida: ni en sus libros ni en su diarios ni en las cartas ni en su amor ni en su enfermedad. Siempre fue un paso más allá. Era capaz de escribir poesía en prosa, era capaz de adherirse al canon literario de la época y escribir una novela acorde a lo que se esperaba de ella, y también era capaz de salirse del guión y escribir Orlando, la más impresionante carta de amor jamás escrita. No conocía límites.

Virginia Stephen comenzó a escribir, oficialmente, a los nueve años, en el «periódico» que sus hermanos y ella habían creado, Hyde Park Gate News, y en el que recopilaban todos los acontecimientos que tenían lugar dentro del núcleo familiar, desde los más relevantes hasta los más absurdos, siempre con un toque de humor y una pizca de sarcasmo. Entre las noticias también había espacio para las creaciones literarias. Así, el 22 de agosto de 1892, el periódico de los Stephen «publicó» un relato corto or-

questado, en principio, por Virginia y Thoby: Las aventuras agrícolas de un cockney. En el capítulo dos de la primera parte, sin embargo, queda claro que es Virginia la que ha tomado las riendas del relato. En él reconocemos algunas de las características que terminarían por ser santo y seña de Virginia pero también descubrimos un alma un tanto desconocida, sorprendente y risueña, que dista mucho de la imagen que se ha tenido de ella durante años. En este relato no es Woolf, es Stephen. Es una niña que, de nuevo, se sale de la norma y del mundo que la rodea para explorar lo que, parece, no está a su alcance, lo que nadie más ve o, quizás, lo que pocos pondrían por escrito. Sorprende la ironía, que tan fino hila, a lo largo de todo el relato; sorprende la capacidad de moverse como pez en el agua entre las escenas, la capacidad para construir la tensión al final de cada capítulo; sorprende el vocabulario utilizado, los conocimientos literarios, lo divertido que le resultó escribirlo. Nos sorprende, quizás, descubrir que Virginia, al menos durante un período de tiempo, fue una niña, y que fue feliz.

El relato, sin duda, marcó el comienzo de una producción tan prolífica como exitosa. En las páginas de ese diario de noticias se forjó la Virginia Woolf que conocemos. Por eso estos dos relatos son tan importantes, porque no son los intentos de un niño cualquiera por crear algo excepcional. Son el reflejo de una mente que sentía pasión por las letras, que se precipitó, aun sin conocer los riesgos, al abismo de las palabras. «Palabras, palabras, palabras», decía Shakespeare, a quien Virginia ya conocía cuando escribió *Las aventuras agrícolas de un cockney*. Es obvio que en aquella niña existía una necesidad de escribirlo todo, de recordarlo todo, como si se anticipase al futuro: si lo escribes, parecía decirse, no existe despedida, la vida permanece. Porque ésa es una de las características principales de Virginia: la necesidad de sobrevivir a través de la literatura.

No casa, al menos no del todo, la imagen de Virginia Woolf con la que descubrimos en estos relatos; la vida aún no la ha convertido en la pálida figura al fondo de la estancia que, con un cigarro entre los dedos, desentraña la naturaleza, los miedos y los secretos del ser humano en miles de frases letales. Aquí está esa niña que aparece mirando al cielo en una fotografía; esa niña cuya mirada, aún, pertenece a una niña. Pero no os equivoquéis: Virginia Woolf siempre fue Virginia Stephen, la de estos relatos, la de aquellas noticias en el periódico familiar. Esa niña que dio vida a la gran escritora que conocemos está en todas y cada una de sus creaciones: en *La señora Dalloway*, en *Noche y día*, en *Al faro*; está en sus cartas y, sobre todo, en sus diarios. Sólo hay que saber buscarla.

La propia Virginia Woolf dijo en una ocasión: «Deseaba escribir sobre la muerte pero la vida se me cruzó en el camino, como siempre». Entiendo, o quiero entender, que lo que deseaba era salvar, por qué no, a aquella niña que trazó estos relatos, porque, como decía aquél, si no la salvaba no podría salvarse ella. Y porque *Las aventuras agrícolas de un cockney* son vida, alegría, diversión en estado puro. Nunca Virginia Woolf fue tan libre.

Ainize Salaberry
Enero de 2017



LAS AVENTURAS AGRÍCOLAS DE UN COCKNEY

En este número comenzaremos una historia titulada «Las aventuras agrícolas de un cockney», escrito por la señorita Adeline Virginia Stephen y el señorito Julian Thoby Stephen.



CAPÍTULO PRIMERO

Soy cockney^[1] de nacimiento, al igual que mi mujer, pero cuando nos casamos decidimos comprar una pequeña granja en Buckinghamshire y cultivarla nosotros mismos. Fue un paso muy imprudente, ya que no sabíamos nada de agricultura, pero estábamos recién casados y nos sentíamos fuertes y esperanzados. El día siguiente a nuestra llegada a la granja mi mujer me envió a ordeñar la vaca. Después de media hora de duro trabajo me las había arreglado para conseguir llenar media pulgada del fondo de la jarra que había llevado conmigo para tal propósito. Volví a casa pensando que eso era todo lo que daba una vaca normalmente. Harriet se rio de mí con bastante malicia. Volví a salir y tras darle media corona a un granjero le persuadí para que ordeñase la vaca. Después tomamos el desayuno y Harriet había hervido dos huevos que estaban tan duros como ladrillos y el mío era un huevo de nido pero tuve que comérmelo porque no había nada más, aunque me arrepentí más tarde de haberlo hecho. Soporté después una bronca de Harriet durante media hora por haber carbonizado la tostada. Más tarde fui a echar un vistazo a las vacas y me di cuenta de que se me había olvidado darles comida y agua así que volví a casa y saqué la tostada quemada que ya estaba untada con mantequilla y mermelada y se la di a la vaca pero se negó a comerla. Fui al pueblo a investigar y pregunté a unos jóvenes campesinos que lo único que me dijeron fue: «No sabe lo que come su madre». Sin dignarme contestar continué hasta la

estafeta de correos donde obtuve la información que necesitaba.





CAPÍTULO SEGUNDO

A la mañana siguiente me encontré a la vaca en un estado de inmovilidad absoluta y mientras estaba en la carretera de camino al veterinario tuvo un ataque y se negó a moverse. (Muchos chicos, por cierto, se rieron de mí por llevar a la vaca por la calle principal). Poco después del ataque la vaca abandonó la vida y la dejé en mitad de la carretera y fui al pueblo a pedir a un carretero que la retirase pero se me olvidó y fui citado al día siguiente por la Consejería de Sanidad y me multaron con diez chelines. Harriet me echó una bronca tremenda y al final me marché de casa molesto por su incesante parloteo. Proseguí mi camino hacia el río cuando vi un toro (o eso creía) con la cola erguida, los orificios nasales dilatados y ojos fieros viniendo directamente hacia mí. Corrí hacia delante pero me caí al río. Entonces, como despertándome de mis miedos, vi que sólo era un ternero, que estaba mucho más asustado que yo, corriendo hacia el río para beber. Hui a casa y subí a mi habitación por la parte trasera y me cambié de ropa. Estuve allí hasta la hora de cenar ya que no deseaba que Harriet me viera y se riese de mí por tener miedo de una vaca.



